



UNA CALLE DE GRANADA



Cuadro de FÉLIX MESTRES.

Propiedad de don Antonio Rosich.



LA SENTENCIA DE APOLO

CUENTO GRIEGO ANTIGUO

EN la ciudad de Tebas, en la antigua Grecia, quinientos años antes de la Era Cristiana, vivía una vieja tan rica como avara y egoísta, llamada Eucaria.

Sus contemporáneos referían que, cuando joven, había sido muy hermosa, pero muy interesada. Fue una de las *hetairas* más preciadas de su tiempo, y había vendido sus favores tan sólo a los más ricos.

Entre las demás cortesanas griegas era poco apreciada, por lo muy interesada que era. Nunca socorrió a una amiga. Dejó morir de amor a varios que se enamoraron de ella, porque no tenían bastante con qué pagarlo. Y, en cambio, se entregaba a sátrapas asiáticos, y á etopios ricos. El oro era el único ideal que la dominaba.

Sus amigas le echaban en cara el que no frecuentara los filósofos jonios ni los de Elea; el que no hubiera tenido por amante ni un poeta coronado en los Juegos olímpicos, ni un escultor de talento. Ella se reía de ellas, diciendo que lo que le importaba era tener talentos, y que, en cuanto al talento, le era indiferente por completo.

Ni siquiera había soñado en hacerse reproducir en mármol. Una vez, un escultor se lo ofreció, á cambio de una noche de amor, y ella rehusó el ofrecimiento. «Con menos de la mitad que otro me daría, podré hacérmela hacer cuando me convenga», respondió Eucaria.

Pero los buenos tiempos de su juventud pasaron, y con ellos la belleza. Languidecieron sus formas, bajaron sus senos, arrugóse su piel, en una palabra, volvióse vieja. Y con la vejez, aumentó su ambición y su codicia.

Primero, compró una gran finca que hizo cultivar por sus esclavos, y luego, hallando que los productos de ésta eran poco para su ambición de riquezas, dedicóse á la usura. Prestaba á los comerciantes ó á los propietarios apurados, haciéndoles firmar el doble ó el triple de lo que recibían. Después, prestó sobre alhajas á un interés exorbitante. Luego, acaparaba las cosechas, el aceite, el vino, los trigos, haciendo subir su precio. En fin, que en poco tiempo llegó á tener una fortuna inmensa.

Su placer era bajar á una paterina que había en su casa, en la cual tenía guardados sus tesoros, y encerrarse allí sola, con una lámpara, para pasar revista á los montones de joyas y de monedas de oro que

allí tenía guardados. Y en dicha estancia se pasaba horas y más horas, extasiada, viendo lucir aquellas monedas y toda aquella pedería.

Para disimular su riqueza, vestía pobremente, y casi nunca salía de día de su propiedad amurallada.

Pero fué pasando el tiempo y avanzando en años. Su piel se volvió apergamínada, y los principios de la decadencia senil se anunciaron. Entonces, empezó á reflexionar y casi se arrepintió de no haber llevado una vida más espléndida. Todo aquel oro acumulado no podía acompañarla, después de muerta, en el país de las sombras. De nada le serviría aquel metal ante el tribunal de Minos, y en el reino de Persephona. Y oyó decir que sólo los héroes, los genios, los escogidos del saber y de la belleza podrían escalar el Olimpo, y convertirse en semidioses; ser inmortales. Y entonces, tuvo ambición de inmortalidad. Entonces, sintió el no haber aceptado la oferta del escultor Alcides. Habría sido immortalizada en el mármol en toda su juvenil belleza. Pero se consoló, pensando que á los dioses les placen las ofrendas, y en cuanto á ofrendas, nadie podía hacerlas de más valor que ella. Y se dijo: «Yo seduciré á los dioses para que me immortalicen», decidida á sacrificarles una parte de su tesoro.

Había, por aquel entonces, en los alrededores de Tebas, una pitonisa muy célebre por sus oráculos. Eucaria se dirigió á ella, haciéndola un rico presente.

«Vengo — le dijo, — para que me digas si puedo alcanzar la inmortalidad y por qué medio.»

La pitonisa aceptó el regalo, encendió su pira, montó su trípode y comunicándose con el dios, que invocó tres veces, respondióle: «Pasarás sin dejar rastro, como el caminante, por una vía en que el viento ó la lluvia borra sus pisadas en el polvo. Tu recuerdo no durará más allá de la generación que te ha conocido.»

Eucaria se puso furiosa é insultó á la pitonisa, marchándose con la convicción de que el oráculo era falso.

En una altura y á alguna distancia de Tebas, estaba el templo de Apolo-Spodios. Apolo era el dios de la vida, el dios de la inmortalidad. Su estatua era de oro, de oro eran los adornos de su templo, de oro sus flechas, él, pues, podría concederle la inmortalidad, con el espléndido presente de oro que ella le haría. El la igualaría á los semidioses y los genios, la llevaría al Olimpo entre las musas, restituyéndole su juventud y su belleza; tal fué el raciocinio de la antigua cortesana.

El templo de Apolo-Spodios, salvo los días de grandes solemnidades, era poco frecuentado; las buenas gentes del campo no se atrevían á acercarse á él, pues se decía que allí se reunían genios y musas bajo la presidencia del dios Solar, el cual hería con sus flechas á los que profanaban su santuario.

Pero Eucaria pensó que esto sería porque no iban á ofrecerle presentes dignos de su divinidad esplendente, y, llenando un saco de monedas de oro y de ricas joyas, se dirigió á la montaña sagrada. Al salir de su casa, el sol brillaba en el cenit espléndido, en un magnífico día de primavera. Al acercarse á la montaña sagrada, cubrióse el cielo de nubes, que fueron oscureciendo el espacio á medida que ella iba ganando la altura con el saco á cuestas. Al divisar el templo, rugió el trueno, brilló el relámpago y cayó tan fuerte aguacero, que no parecía sino que el dios protestara de que un profano se acercase á su morada.

No obstante, la vieja Eucaria no se arredró y aproximóse al atrio. Entonces, los relámpagos iluminaron, casi sin cesar, el espacio y la tempestad se desencadenó de una manera horrible. Mas ella, decidida á implorar al dios en su propio templo, siguió adelante.

Apenas hubo pasado la columnata, apareciósele un genio, que le preguntó: «¿Dónde váis tan cargada y á qué venis á este templo?»

«Vengo á ver á Apolo y ofrecerle un tesoro» contestó la vieja.

«Dejad el tesoro á la puerta ó marcháos con él al templo de Plutus. Aquí los tesoros nada significan; á Apolo no se le corrompe con oro ni pedería. Sólo el genio puede hallar cerca de él gracia.»

Eucaria descargó su saco y, mal de su grado, dejólo tras de una columna del atrio y, franqueando una colosal puerta de bronce que se abría sola, entró en el interior del templo.

El espectáculo que se le presentó á su vista le pareció un sueño. Varios genios y musas estaban allí sentados, coronados de flores y de hojas, presididos por el dios que, desde su pedestal, los dominaba.

«¿A qué venis, buena mujer?» le preguntó uno de ellos. «¿Por qué turbáis nuestras sublimes tareas?»

«Venía, — balbuceó Eucaria, — á hacer un rico presente de oro y de pedería al divino Apolo; más de mil talentos, sin contar las joyas, para que me conceda la inmortalidad, ahora que mi vida toca á su término;

para que me lleve al Olimpo con vosotros y pueda ser eternamente joven y bella como fui en mis buenos tiempos.»

«¿Cómo empleásteis la belleza?» — le preguntó uno de aquellos genios. — ¿Alentásteis á algún héroe? ¿Adorásteis y servísteis de modelo á algún gran artista? ¿Inspirásteis á algún poeta? ¿Fuísteis la compañera fiel de algún gran filósofo? O sino, ¿disteis á vuestra belleza el supremo dón de la Palas Atenea, el intelecto sereno y soberano?» Eucaria palideció.

No obstante, se atrevió á dirigirse á la estatua áurea del dios, que parecía animarle encima de su pedestal cubierto de flores.

Reinó un momento de silencio. La tempestad parecía haber suspendido sus ruidos. La estatua osciló, se animó y habló, por fin, de esta manera:

«La inmortalidad sólo se adquiere por las grandes obras y los grandes actos. Una existencia que se ha deslizado egoísta sobre la tierra, no merece subir á las alturas del Olimpo. La inmortalidad no se alcanza con el oro. Yo no me dejo corromper por los presentes, pues la divinidad es impagable.»

Y acabado de hablar el divino Apolo, cayó un rayo que alumbró el espacio, sonó un trueno horrible que conmovió la columnata del templo y el cuerpo de la infeliz Eucaria quedó tendido en el suelo, pagando así su sacrilegio.

POMPEYO GENER



Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

LOS FUSILADOS

(Conclusión).

Andrés quedó «petrificado» con la noticia: por orden superior se le dió de baja en su cargo de ordenanza.

¡Qué gran contrariedad para él, separarse de Maruja, con la que compartió hasta entonces los quehaceres domésticos en casa de su coronel!

Taciturno anduvo el pobre muchacho, y lo que fué al principio leve preocupación, acabó por aguijonearle el ánimo con angustia.

Andrés llegó á perder el sueño: las noches eran para él horribles: tenía presentimientos, alucinaciones, veía en torno sombras de mal presagio, nubarrones tristes como esos que se agarran á los cerros altos con los tentáculos de la humedad.

Quería conciliar el sueño, cerraba los párpados y se los apretaba con los dedos hasta irritar sus ojos secos por la fiebre. El sueño le huía sin compadecerse de su cansancio ni del trajinar de sus pensamientos.

Así pasaba las horas revolviéndose en su petate, olvidado en la fila de los otros petates como el suyo, de donde escapaba un prolongado resuello de humanidad: sus compañeros de armas y fatigas roncaban á pierna suelta.

Así esperaba el albor de día, y cuando teñíase la claraboya con los primeros resplandores del sol, Andrés sentíase conmovido por un efuvio consolador. El sol traía en pos la diana, luego la faena, luego un cansancio más grande y con él la esperanza de un sueño tranquilo.

Aquella noche, el soldado acudió á la cita de su novia con la puntualidad de siempre.

—¿Qué te pasa?

Andrés notó en los ojos de Maruja la huella de recientes lágrimas. Maruja le cogió las manos y se echó á llorar.

—¿Qué te pasa? ¡Dímelo por Dios, no me atormentes así!

—¡Me voy, me quiero ir contigo!

—¡Conmigo! Yo no tengo más casa que el cuartel, y allí no puedes venir tú.

—¡Pues tengo que salir de aquí!

—¿Por qué, Maruja?

—Porque te quiero mucho. En esta casa pelagra mi honra...

El soldado se irguió:

—¿Quién la amenaza? ¡Lo mataré!...

—¡Por Dios, Andrés, ten calma!

—¡Quién, responde!

—¿Quién? ¡el coronel!...

—¡Vámonos, Maruja, vámonos!

—¡No, Andrés! ¡podrían fusilarte!... ¡Espera!

—¡Espera! ¡á qué!

A poca distancia sonó una corneta.

—¡Ves, ya te llaman,

—¡Huyamos, Maruja!

Los novios confundieron sus palabras en un largo sollozo.

—¡Ve tranquilo. No pisaré más esta casa.

—¡Tranquilo de ti me voy; pero te juro que ese hombre me las ha de pagar; ¡como me llamo Andrés, que me las ha de pagar!

* *

El sol asomaba su cara bermeja por las cumbres, bañando la vega con rayos oblicuos de un rojo de incendio.

La atmósfera iba entibiándose y olla á tierra húmeda: aquella luz ardiente tenía algo de beso hombruno; aquel olor acre, algo de voluptuosidad de hembra en celo.

Carretera adelante, entre piafido de trotones, rodar de carromatos y chasquido de fustas, iba la tropa en larga hilera.

El amanecer fué bullicioso y pintoresco en la ciudad.

Las cornetas no se dieron punto de reposo. En el parque quedaron en pocos minutos en orden de marcha, piezas, arzones y bestias de tiro. La caballería se preparó con admirable ligereza, esperando la orden de botasillas.

Los regimientos de infantes aguardaban en su lugar descanso, frente